

PERON: LA MUERTE DE UN MITO

NO parecía la Argentina, por su Historia, por su Idiosincrasia, por su cultura, el país destinado a alimentar un mito tan extravagante como el encarnado por la trinidad Perón-Evita-Isabelita. Pero ha sucedido, y eso demuestra que el medievalismo político puede encarnar en cualquier momento y lugar, siempre que unas circunstancias determinadas lo apoyen. Después de todo, el medievalismo no está tan lejos de los europeos en el tiempo. El segundo cuarto de este siglo ha sido pródigo en grandes brujos políticos, desmintiendo todas las entronizaciones de la Diosa Razón en 1789 y los años sucesivos. De todas formas, nada tan incongruente como la figura de Perón, capaz de fascinar a izquierdas y derechas, a curas y ateos, a guerrilleros y a militares, al pueblo llano y a las oligarquías, sin tener en su haber más que un primer período de gobierno puramente fascista, inspirado por Mussolini, sostenido por la fuerza, arbitrario y poco caritativo para con sus enemigos, durante el cual la demagogia de Perón, impulsada por la pasión cantarina de su segunda esposa, Eva Duarte, arruinó espectacularmente al país: convirtió la Argentina en un país importador de carne y de trigo, cuando había sido la primera exportadora del mundo de esos dos productos, dejó la moneda nacional vacía de sustancia, despobló el campo y aumentó los suburbios, dilapidó las riquezas que el país había acumulado durante la segunda guerra mundial. Y dejó esta herencia a sus sucesores, uno de los cuales ha venido a ser él mismo, durante el último año de su vida.

UNA parte de la fascinación de la izquierda la debía Perón (y el recuerdo de Evita) a la creación de los sindicatos y a la primera limitación seria de los poderes feudales de los latifundistas. Para Eva Duarte y Juan Perón, los sindicatos, los proletarios, los «descamisados», constituyeron su base política. Fueron realmente unos sindicatos

corporativos, de Estado, con cuya movilización asustaban a las fuerzas de derecha. Los pagaron con moneda demagógica; los pagaron con la ruina del país (que en ningún momento fue la suya personal). Otra parte de la fascinación de la izquierda contemporánea ha sido coyuntural: creer que por la vía de Perón se podía llegar al socialismo. La tercera parte fue su nacionalismo, que se creyó anti-imperialista: en otros tiempos, Perón fue el enemigo número uno de los Estados Unidos en el continente americano, porque jugaba una carta que podía ser inteligente si hubiera ganado: la de creer que la guerra mundial iba a ser ganada por las potencias fascistas, lo cual daría a la Argentina un lugar privilegiado en el continente. En esta línea del coyunturalismo y de la sospecha de anti-imperialismo no sólo han caído grupos extremos de la izquierda, sino hasta países con el rigor revolucionario de Cuba, que ayudó al regreso de Perón con la esperanza de que él, a su vez, la ayudaría a salir del bloqueo continental.

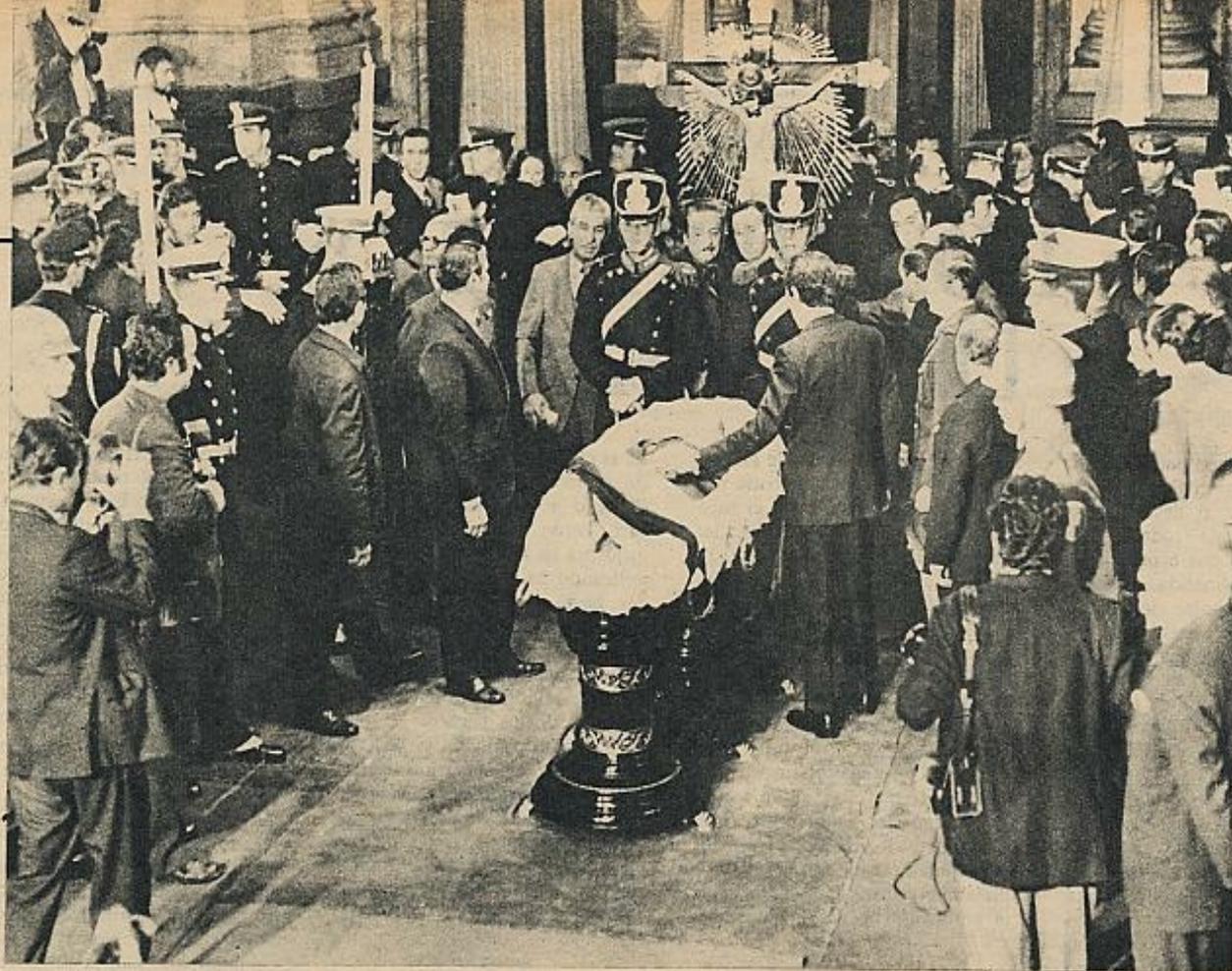
LA derecha, por su parte, buscaba en Perón una persona capaz de contener la revolución que se les venía encima o que estaba prácticamente sucediendo ya. Ni la mano dura ni la mano negociante de los militares habían conseguido el orden en el país. Habían tardado éstos demasiado tiempo en la restauración de una democracia y la habían abordado con demasiada timidez. Tardaron en aceptar la idea de que para evitar una revolución de cualquier signo, en nuestros tiempos, no hay otra medicina que la democracia abierta, sean cuales sean los riesgos que desde su punto de vista pueda acarrear. Prolongar una dictadura que no puede resolver los problemas acuciantes del país es la mejor manera de producir, a la larga, una dictadura de signo contrario. Para la Junta Militar, Perón era también su signo contrario: le había irradiado



Nada tan incongruente como la figura de Perón, capaz de fascinar a izquierdas y derechas, a curas y ateos, a guerrilleros y militares, al pueblo llano y a las oligarquías.



Para manejar un mito se necesita un buen brujo, y sobre todo un brujo que no crea en él. En la foto Perón con López Rega, ministro del Bienestar Social, hombre de las sombras.



El hombre que dejó tras de sí una tierra quemada al término violento de su primer gobierno, la ha dejado otra vez calcinada a la hora de morir.

del Ejército y le había impedido el regreso al país. Cuando se buscó la fórmula de la democracia y las elecciones libres, era ya tarde: por esa misma vía entró Perón, no sin rodeos gatunos —como la delegación en Héctor Cámpora para que fuese Presidente, reservándose él el papel de mito, y hasta la distancia geográfica hasta ver qué ocurría—.

Y así Perón se encontró heredero de Perón, del desastre económico y social del primer Perón, que nadie había conseguido desenredar. Con un país desmonetizado y violento, con asesinatos, huelgas, atracos, secuestros y con sólo esa misteriosa y ficticia capacidad de unión en torno al hombre-mito. Perón no iba a traer la paz ni la concordia. Desde su llegada a Buenos Aires, la sangre iba a marcar su último trayecto político: la matanza del aeropuerto de Ezeiza cuando se esperaba que su avión aterrizase, fue el principio de otros crímenes, de otras algarras, de otros secuestros. Ni la violencia ha terminado ni la economía se ha restaurado. Perón se enfrentó con la izquierda como parte del pacto que le había permitido el regreso al poder y como parte también de algún pago a los Estados Unidos porque su anti-imperialismo no pasase de lo verbal. Su partido saltó en mil pedazos; entre otras razones, porque no era un partido, sino una amalgama hecha de nada. El país no sólo no ha avanzado en este año peroniano, sino que ha retrocedido. El hombre que dejó tras de sí una tierra quemada al término violento de su primer gobierno, la ha dejado otra vez calcinada a la hora de morir. Para su propio mito, ha muerto a tiempo. Podrán culpar sus fanáticos ahora a sus sucesores de no haber sabido recoger el legado espiritual de Perón. El gran mito estaba presente en este entierro nasseriano, con histerias, desmayos y sollozos: estaba intacto.

¿QUIENES van a ser sus sucesores? Está escrito y realizado: Isabelita, ahora María Estela Martínez. Un traspaso del carisma por vía conyugal, un remedo del primer mito. Todo había sido minuciosamente preparado. No es difícil atribuir todo el gran montaje del regreso y la sucesión a un hombre a quien llaman cariñosamente el Brujo, a López Rega, ministro de Bienestar Social, hombre de las sombras y sombra él mismo de María Estela Martínez. Para manejar un mito se necesita un buen brujo, y sobre todo un brujo que no crea en él. Me inclino a creer que Perón no creyó nunca en Perón, y a eso hay que atribuir las incesantes dificultades y aplazamientos que puso a su regreso. Sin duda, hubiera preferido morir en su casa de Madrid —y probablemente mucho tiempo más tarde: su muerte parece precipitada por la agresión psicosomática que ha sufrido en este año— que enfrentarse con la prueba de restaurar lo que no existió nunca. Y me inclino a creer también que el oficiante López Rega tampoco creía en el rito que manejaba, sino que lo manejaba simplemente con fines políticos. Ha conseguido perfectamente sus fines —la ocupación del poder—, y tenía prevista la muerte la Perón hace tiempo (no era difícil), de donde la elevación

de Isabelita a la vicepresidencia jugando hábilmente con el reverdecimiento del mito de Eva Duarte, con la reencarnación, con la herencia matriarcal. Lógicamente, racionalmente, no debería funcionar ahora este ascenso de María Estela Martínez, que no es ni Indira Gandhi ni Golda Meir, ni siquiera Eva Duarte, de cuya irradiación personal carece. Pero no es muy práctico intentar el análisis desde un punto de vista racional. Por el momento, las fuerzas políticas se han quedado sobrecogidas con la muerte de Perón y han aceptado sin dudas la Presidencia de María Estela, con algunas reservas importantes: la de Héctor Cámpora, que maneja hasta un cierto punto una izquierda moderada y algunos grupos juveniles y profesoriales —sobre todo, a través de Solano Lima, rector dimisionario de la Universidad de Buenos Aires— y la de Rafael Balbín, candidato radical a la Presidencia, que querría ahora asumir un papel moderador en el país y reunir en torno suyo fuerzas de orden abiertas a la democracia. Los militares creyeron que Balbín podía haber sido Presidente a continuación de Lanusse, y si pactaron con Perón por causas de fuerza mayor, no han dejado de considerar a este hombre como solución de recambio.

POR eso, en el mundo de la lógica no parece fácil predecir que María Estela Martínez vaya a llegar al final del tiempo de su Presidencia, pero no se sabe bien hasta qué punto va a continuar jugando el fanatismo. En buena lógica, María Estela y López Rega gobernarán un tiempo, pero las fuerzas desencadenadas en el país se irán distanciando entre sí cada vez más, hasta hacer difícil ese gobierno; sería una situación provisional, inclinada hacia la derecha —López Rega y María Estela inclinaron a la derecha a Perón algo más de lo que éste pudiera tener previsto— y proclive a romperse. Los primeros ataques contra López Rega han comenzado ya; pueden entenderse como ataques indirectos a María Estela Martínez.

NO parece que el año de Perón haya sido útil a la República Argentina, sino más bien una forma de retroceso y una apertura mayor de brechas en todos los sentidos. Se liquida mal, con sensación —desde fuera, desde círculos exteriores al círculo mágico— de frustración y fracaso, y con la posibilidad de que todo pueda suceder: desde una situación típicamente fascista (aún sin su nombre), a una revolución abierta, a una guerra civil. Una vez más se ve que el medievalismo político no puede funcionar realmente en este tiempo, y que por encima de los hombres están las instituciones, cuando éstas son elaboradas colectivamente y libremente aceptadas por todos; los grandes hombres serán aquellos que sepan gobernar adaptándose a esas instituciones, y los hombres peligrosos para cualquier país —aunque se llamen Charles de Gaulle— serán aquellos que traten de adaptar las instituciones a su peculiar manera de entender el país y la Historia que les ha correspondido servir. ■